

“El uso de la oralidad para la construcción del conocimiento”

“Escuchar es comprender el mensaje, y para hacerlo debemos poner en marcha un proceso cognitivo de construcción de significado y de interpretación de un discurso pronunciado oralmente” (Cassany, 1993, pág. 101). [1]

El lenguaje de los seres humanos es un atributo que evolucionó junto con la especie a través de una larga historia de procesos biológicos, sociales, culturales, económicos, ecológicos y ambientales [2]. En esa historia, dos características relevantes son la diversidad y complejidad del lenguaje. Ellas se muestran en la variabilidad lingüística y en la existencia de múltiples formas de expresión de esta capacidad; lenguaje escrito, lenguaje icónico, lenguaje gestual, lenguaje oral, etc. En esa diversidad, todas las formas del lenguaje permiten poner en contacto a las personas entre sí y en cada una de esas formas puede percibirse, como sello que es propio de la especie humana, la existencia de pensamiento y creación.

Y aunque la oralidad no es la única manifestación de esa disposición o sello, ella se ha mencionado muchas veces y en diversos estudios, como una de las principales maneras con que al nombrar las cosas, sucesos, personas y otros seres nos vinculamos simbólicamente al mundo cotidiano [3].

Por esa razón, también se dice que la palabra oral es una de las maneras más extendidas de recibir y entregar el patrimonio identitario. El más importante de ellos es la lengua materna y el habla local y familiar, porque junto con ella conocemos el mundo y el lenguaje que lo nombra; a este espacio pertenecen las palabras que identifican el espacio que habitamos y los lugares que nos rodean (toponimia), se encuentran también aquí los nombres de personas y el relato sobre su vida y experiencia (historias de vida), los nombres de quehaceres, oficios, herramientas y materias primas, junto a la explicación sobre su uso e intercambio (formas de producción y economía). En ese universo se encuentran los nombres de plantas, sus usos y cultivo (botánica), los nombres de animales y las características de los lugares en donde viven (flora y fauna). También podemos añadir a este conjunto, las palabras que dan nombre a narraciones sobre sucesos alegres o tristes, los nombres de fiestas, celebraciones, ritos y conmemoraciones (tradiciones, usos y costumbres). Finalmente, tampoco quedan fuera las leyendas, los cuentos, cantos y payas, las décimas y adivinanzas, los conjuros, brindis y nombres de seres mágicos o de ficción y el relato de sus aventuras (literatura o narrativa oral).

Los relatos orales y como ellos se transmiten -durante la crianza, al trabajar o en celebraciones son parte del patrimonio que necesita ser reconocido y preservado.

Una forma de lograr ese objetivo es a través de la creación de espacios para la producción y memoria de relatos orales; favoreciendo el diálogo sobre las narraciones locales, a la vez que reconociendo su origen, autoría y variaciones.

En esos momentos, es importante poner atención en el logro de una buena comunicación, pero sin dejar de atender los aspectos de expresión cultural, más creativos o identitario de la palabra. De manera que, cuando surge el relato, se debe generar confianza al reconocer su originalidad o autenticidad, y resguardar el uso de los nombres locales que identifican objetos de uso común, oficios o acciones. Así, por ejemplo, en el caso de unidades de medida, es interesante no solo comprender su uso y su contexto, sino también conocer sus equivalencias. De esa manera, luego pueden utilizarse en el contexto de las sesiones de alfabetización. Al hacerlo, se amplía el universo vocabulario y no se restringe la lengua y el habla sólo a lo que exponen los libros escolares o la radio de difusión nacional.

Otra necesidad, durante la alfabetización, es la de generar conciencia sobre el valor de la palabra en todas sus formas, tanto oral como escrita. Para alcanzar ese propósito, es necesario ocuparse en la escritura y en la palabra oral de manera equilibrada, y trabajar en el terreno de las creencias para dejar atrás el prejuicio que otorga menor valor a lo que se dice y mayor valor a la escritura.

Es el caso al decir "almohada" en lugar de "cabecera" en las zonas rurales de Corrientes, o hablar de "mantas" en lugar de "frazadas" en la ciudad de Corrientes. O con relación a oficios u ocupaciones, al decir "tarefero" en un lugar rural de Misiones, "peón" en el campo correntino, o "changarín" en la Región Metropolitana de Corrientes.

En la narrativa oral, se une nuestra historia personal y la de la comunidad, ya que decir nuestra palabra es una forma de vincularnos al mundo y una manera de dar a conocer nuestro patrimonio cultural.

La oralidad es una práctica compleja que resume a través de un acto, la identidad personal, el acervo lingüístico y matriz cultural, y nuestra experiencia y vínculos con el mundo. Al poner a circular una palabra, de manera directa o en un registro grabado, se manifiestan intereses, saberes, compromisos y opiniones que tienen significado y efecto en las personas que nos escuchan y en nosotros mismos.

[1] Cassany, D. (1990). Enfoques didácticos para la enseñanza de la expresión escrita. Comunicación, lenguaje y educación.

[2] Tomasello, M. (2019) Una historia natural del pensamiento humano. Ediciones UC.

[3] Uribe-Hincapié, R. A., Montoya-Marín, J. E. y García-Castro, J. F. (2019). Oralidad: fundamento de la didáctica y la evaluación

del lenguaje. Educación y Educadores 22(3), 471-486. DOI: <https://doi.org/10.5294/edu.2019.22.3.7>